

mientos más notables, como los de Newton, de Harvey, etc.

Un siglo y medio después del descubrimiento de la circulación de la sangre, los médicos españoles todavía no habían oído hablar de él; y el nivel de sus conocimientos se infiere del curioso hecho de que habiendo en 1760 propuesto algunas personas limpiar las calles de Madrid de las inmundicias que las obstruían, el cuerpo médico protestó con energía, alegando que como sus padres, que sabían bien lo que se hacían, habían vivido entre aquella basura, podía seguirse viviendo del mismo modo; pues recoger las inmundicias era intentar una empresa, cuyas consecuencias no cabía prever (1).

Los más laudables esfuerzos no han podido hacer salir de su marasmo á ese desdichado país; y hoy mismo no posee industria, ni agricultura (2); y en todo lo que excede del nivel de la medianía intelectual, se ve obligado á dirigirse al extranjero. Extranjeros son los que dirigen sus fábricas, construyen sus caminos de hierro, y le proveen hasta de maquinistas para conducir sus locomotoras. En lo que concierne á las ciencias y á la industria, España lo saca todo del extranjero; y por capaz que sea un gobierno, nada puede para remediar semejantes cosas. Poco importa que sea ó deje de ser liberal. No cabe gobernar sin la opinión pública; y por más avanzado que sea un gobierno español, el pú-

(1) El hecho á que alude el autor es análogo al que pasó en París en 1885 con motivo de la cuestión de los traperos. Hasta aquel año se echaban por la noche las inmundicias domésticas en las calles de París donde continuaban hasta las 9 de la mañana del día siguiente, apestando á la capital durante 12 horas consecutivas. Con esta costumbre se había formado la industria de los traperos, los cuales pasaban la noche y la madrugada recorriendo las calles y recogiendo de la basura lo que les convenía. Al prohibirse en 1885 la costumbre de echar la basura á las calles, hubo una gran algarada en París; saliendo muchos periódicos á defender la continuación de aquella porquería. Grave es lo que pasó en Madrid en el siglo pasado, ¿pero qué diremos de lo de París en 1885? En Madrid se había también formado una industria con aquella mala costumbre. (N. del T.)

(2) Según un trabajo publicado en Madrid en 1882 por don Lucas Malada en el *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, España, cuya riqueza agrícola bajo los Arabes era tan grande, tiene hoy el 45 por 100 de su territorio casi completamente improductivo; siendo tan sólo el 10 por 100 fértilísimo. Entre las causas más importantes de este estado miserable se halla la tala casi total de los montes por los habitantes.

Si no consultásemos más que las cifras de la estadística, cualquiera diría que España disfruta desde algunos años á esta parte de una prosperidad notable. Las exportaciones que en el decenio de 1860 á 1870 no pasaron de un promedio de 237 millones, han excedido de 500 en el período de 1870 á 1880; pero cuando se someten estas cifras al análisis, luego se descubre que las causas de esta progresión son completamente accidentales. En efecto, provienen de que habiendo la filoxera destruido más de una tercera parte de las viñas francesas, nuestros comerciantes han debido dirigirse á España para comprar el vino que necesitaban. De 1870 á 1882 el número de hectólitros de vino enviado por ella á Francia se ha elevado de 300,000 á 6 millones; siendo por consiguiente veinte veces más alto en solos 10 años. En 1881 el valor de los vinos comprados por Francia á España ha llegado á 260 millones. (N. del A.)

blico lo será siempre menos que él. España posee las apariencias exteriores de la civilización, pero sólo las apariencias; y la ignorancia es allí tan general como en la Edad media (3). Si la Inquisición renaciése en ella, tendría de su parte á las masas de la nación. El juicio severo, bien que justo, que Burckle, el gran historiador inglés, hizo de ella algunos siglos atrás, es todavía exacto, y lo será mucho tiempo.

«España, dice Buckle, continúa durmiendo, tranquila, indiferente, impasible, sin recibir ninguna impresión del resto del mundo, y no haciendo ninguna impresión sobre él. Allí la tenéis en la punta extrema del continente, hecha una masa enorme é inerte, como el último representante de las ideas y sentimientos de la Edad media. Y el más triste síntoma es que está satisfecha de su condición. Es el país más atrasado de Europa, á pesar de lo cual se cree el más adelantado; está orgulloso de todo lo que debiera sonrojarle; orgulloso de la antigüedad de sus opiniones, orgulloso de su ortodoxia, orgulloso de la robustez de su fe, orgulloso de su credulidad pueril é inconmensurable, orgulloso de su repugnancia por toda mejora en sus creencias y costumbres, orgulloso de su odio á los heréticos, orgulloso de la constante vigilancia con que ha burlado todos los esfuerzos de éstos para establecerse legalmente en el territorio; todo lo cual junto, produce ese triste resultado al cual se da el nombre de España (4).»

(3) De los 16.620,000 habitantes que tiene España, según el último censo, 12 millones, ó sea las tres cuartas partes no saben leer ni escribir. Así resulta de los documentos oficiales. (N. del A.)

(4) Comencemos diciendo que Buckle no estuvo nunca en España, y añadamos que su descripción pudo ser algo cierta entre 1846 y principios de 1854, época en que, dominado el espíritu liberal del país por el terrorismo más desenfadado, se veía obligado á enmudecer y trabajar ocultamente para recobrar su puesto. Pero hasta aplicada á aquella época, la descripción no puede darse por exacta sino tomando un detallito de aquí, otro de allí, dos de más allá, y haciendo caso omiso de muchos otros, que un hombre perspicaz discierne siempre á primera vista. En aquella época España parecía aquello mismo; pero los extranjeros que tenían talento político y los diplomáticos que ocupaban sitios elevados, sabían perfectamente que una buena parte de la nación protestaba á media voz y que subterráneamente se preparaba un estallido, como en efecto sucedió en el año 1854, en que trono y unidad religiosa corrieron tal peligro de naufragar, que se salvaron por milagro.

Parece que lo que más impresionó á los consejeros del historiador Buckle fué la repugnancia de los españoles, no á tolerar el protestantismo, sino á abrazarlo. Para nosotros esto no es ningún mal síntoma, porque hasta ahora hemos visto que los países más fanáticos é insportables son los protestantes, comenzando por Inglaterra.

En cuanto á Mr. Le Bon, le diremos que es muy sensible que después de lo mucho que ha costado á los franceses su ignorancia del estado de los demás países del mundo, no se hayan todavía corregido de ella, ó siquiera no hayan aprendido á librase de ponerse en ridículo hablando de aquellas cosas de las cuales están en la más crasa ignorancia. No hay más remedio: si los españoles queremos andar con los pies, debemos llamar á toda prisa á los Arabes, los cuales con su es-

II

LOS SUCESESORES DE LOS ÁRABES EN EGIPTO Y ORIENTE

Los sucesores de los Arabes en Egipto y gran parte de Oriente fueron los Turcos, según ya es sabido.

Considerados éstos desde un punto de vista político, han tenido sin ninguna duda una época

clavitud y su poligamia, que tan excelentes halla Mr. Le Bon, y su absolutismo teocrático, nos enseñarán á ser hombres. Mientras no hagamos esto, resignémonos á andar á gatas, como andamos desde que los expulsaron los cortesanos de Felipe III.

El autor francés no debe ya de acordarse de que aquel pueblo español que tan envilecido nos pinta, diciendo que después de la expulsión ya no constaba de hombres, sino de habitantes, demostró lo contrario en 1808, dando á los franceses y al déspota de genio que los había sumido en el embrutecimiento político, una terrible lección, que ni el déspota olvidó hasta su muerte, ni Francia olvidará nunca. España contenía entonces unos 10 millones escasos de habitantes, y hoy los ha casi doblado, porque las estadísticas son falsas en atención á que, como en nuestro país se paga al Estado por tipo de población, todas las ciudades, villas y aldeas rebajan cuanto pueden la suya, á fin de pagar menos. En los tipos referentes á la agricultura, industria, comercio y propiedad urbana, nadie ignora en España que hay la tercera parte al menos de riqueza oculta. Si el autor francés hubiese estado en Cataluña sabría que España tiene industria fabril, buena é importante. Si hubiese recorrido las Vascongadas, hubiera visto una industria minera que vale la pena, sin contar la agricultura; y respecto de ésta, cabe decir que hay de todo en todas las provincias, como en la misma Francia, donde no es oro todo lo que se hace relucir. En instrucción sabría Mr. Le Bon que la clase media española es la que tiene en Europa más instrucción universitaria, pues el número de estudiantes de las universidades é institutos españoles supera al de las demás naciones europeas, ó es la segunda de ellas, distando mucho Francia de ser la primera; y que el paso de las filas de la plebe á las de la clase media, por medio de la instrucción, es aquí frecuentísimo, cuando es rarísimo en los demás países. El número de plebeyos iletrados no es tan grande como dicen las estadísticas, pero reconocemos que es grande; y eso se debe en parte á la dificultad y hasta imposibilidad material que en muchos distritos hay de darla por la mucha dispersión de la población.

Si no me equivoco tenemos más kilómetros de ferrocarriles que los italianos, á pesar de ser más costosas estas vías en España, á causa de la falta de habitantes; y los que han construido y dirigen los ferrocarriles han sido ingenieros extranjeros, ó españoles, según las compañías que han predominado: en las fábricas también hay de todo, al revés de lo que asegura el autor; de suerte que hecho el balance de lo que era á últimos del siglo pasado nuestro país y de lo que es ahora, no vacilamos en afirmar que ningún otro ha mostrado tanta vitalidad, ni hecho tales progresos.

Sin embargo, reconocemos que es inferior á muchos en la parte material de la civilización, á pesar de que Italia es muy inferior á ella en esto mismo, como hemos podido ver nosotros viviendo en aquel país largo tiempo; pero nos parece que los franceses son los menos llamados á echarnos nada en cara, una vez que Francia es inferior á Bélgica, Suiza, Holanda, Inglaterra y Alemania, á pesar de sus bravatas y pretensiones.

Sin embargo, lo material, lo á ello concerniente, nunca fué el elemento exclusivo de la civilización de un pueblo. España aporta poco ó nada al movimiento científico del mundo; pero si Mr. Le Bon conociese nuestras revistas profesionales vería que el país está al corriente de él. España tiene un movimiento artístico y literario del cual se hace caso en Europa, aunque lo ignore Mr. Le Bon. Pero ya dijimos que el elemento de civilización que España tiene más adelantado es el político, por haberse concentrado en su desarrollo todos los talentos de la nación, librándose un enérgico combate que dura desde el año 1815 hasta hoy. Los pueblos que no comprenden la importancia de este elemento son aquellos que, como el francés, pagándose de palabras huecas, soportan durante años y más años el yugo despótico y vergonzoso, se enorgullecen de él, se pavonean de sus propias cadenas y victorean á sus amos con un embrutecimiento moral é intelectual y una

de grandeza, pues los sultanes, que sucedieron á los emperadores, y reemplazaron en Santa Sofía la cruz griega por la media luna, hicieron temblar durante largos años á los más temibles soberanos de Europa, extendiendo considerablemente la influencia del islamismo. Pero su poder fué siempre exclusivamente militar. En efecto, mostráronse aptos para fundar una gran monarquía, é impotentes para crear una civilización, empleando su mayor esfuerzo en aprovechar la que tenían á la mano; por cuyo motivo todo lo tomaron de los Arabes, las ciencias, las artes, la industria y el comercio. Pero así como éstos brillaron en dichos conocimientos, los Turcos no supieron realizar nunca ningún progreso; y como los pueblos que no progresan, retroceden fatalmente, muy luego han llegado á la decadencia.

El término de la historia de la civilización de los Arabes en Oriente data del día en que los Turcos se apoderaron de este imperio por la fuerza de las armas; y así, aunque aquellos continuaron viviendo en la historia por su influencia religiosa, el nivel de la civilización que habían alcanzado se perdió por la influencia de las razas que les reemplazaron.

Egipto es el país donde la decadencia fué más profunda, comenzando en la época en que las victorias de Selim lo convirtieron en una provincia turca. Las artes, las ciencias y la industria desaparecieron gradualmente. Administrado por gobernadores que duraban poco, y que sólo se cuidaban de enriquecerse á toda prisa, el Egipto, como todas las regiones dependientes del imperio otomano, no hizo más que vegetar; perdió su antiguo esplendor; no construyó ningún monumento nuevo; dejó de conservar los antiguos, de los cuales sólo quedó lo que el tiempo no quiso destruir.

estupidez de ilotas, que dejan pasmados al espectador. Un país que, como Francia, ha sufrido en medio siglo dos largos reinados de despotismo napoleónico, traído por dos de los más viles pronunciamientos militares; y no sólo no ha tenido ánimo de protestar, ni de conspirar contra ellos, sino que se ha postrado á los pies de aquellos monstruos, lamiéndoselos como un perro; un país que hoy en día no puede aun sufrir la tolerancia política, ahogando con matanzas horribles é incomparables las aspiraciones municipalistas de sus ciudades; un país que no sabe lo qué es democracia, que da este nombre á una forma de gobierno donde no hay más hombre que el Estado, siendo el resto una sombra de nación, harto dice de sí mismo que se halla profundamente atrasado, que ignora todavía lo que principalmente constituye la civilización, y que lo que de ella ha alcanzado no es más que un tenue barniz, una mera apariencia, para contentar á los badulaques que toman los accesorios por cosa principal. Si Francia continúa disfrutando en lo científico y material del nivel que ahora posee, y logra ir progresando en lo político, dentro de cincuenta años será quizá una nación verdaderamente civilizada, un pueblo constituido con solidez é instruido en todo. Hoy no sólo no lo es, sino que ni siquiera los escritores franceses tienen conciencia de ello. (N. del T.)

Nadie ignora hoy lo que son las provincias sometidas á Turquía; y así es inútil hablar mucho de este punto. Cabe resumir las más imparciales apreciaciones diciendo que un país privado de toda administración, no podría estar peor gobernado. Los caminos no son objeto de ningún cuidado; las minas, los montes, las riquezas agrícolas están completamente abandonadas; y á las mismas puertas de las grandes



Mezquita del sultán Achmet en Constantinopla

las clases bajas tienen cualidades de primer orden, al paso que las clases superiores son moralmente muy inferiores á ellas. Lo contrario se observa en Occidente. El labrador y el obrero turcos son sobrios, trabajadores infatigables, muy afectos á la vida doméstica, no se cansan de nada, y sufren con la mayor resignación todas las exacciones de una administración depravada. El soldado turco muere en su puesto, sin retroceder jamás, á pesar de que nunca recibe su sueldo, vive de pan y agua y tiene por uniforme algunos harapos. Un personaje militar que había estado en mucho contacto con ellos, me aseguró que no se hallaría en Europa un ejército capaz de subsistir un solo día en semejantes condiciones. Los Turcos son los soldados peor mandados de Europa, pero quizá sean los mejores (1).

(1) La diferencia que establece el autor entre la plebe turca, la pequeña clase media y la aristocracia es exactísima. Pero como

ciudades, como por ejemplo Esmirna, el bandolerismo es general, sin contar los piratas del mar de Mármara y del Bósforo.

Sin embargo, no debe sacarse de lo que precede la conclusión de que la masa de la población turca sea inferior á la de Europa, en ningún concepto; pues Turquía presenta un sorprendente contraste que no me explico cómo ha dejado de indicarse en otras obras; y es que

Mas lo que acabo de decir se aplica tan sólo á los Turcos propiamente dichos; no de seguro á todas las poblaciones de las provincias asiáticas que Turquía administra, donde con frecuencia se halla, sobre todo en las ciudades, una mezcla de razas diferentes, residuo bastardeado de todas las invasiones que desde tantos siglos atravesaron estas comarcas, y á cuya gente el régimen turco no ha hecho otra cosa que envilecer más.

A pesar de esta mezcla inferior, subsisten todavía ciertas cualidades; bien que el nivel de

Mr. Le Bon tiene las ideas políticas muy embrolladas, diremos, para que nuestros lectores comprendan la exacta verdad, que los turcos de las bajas y pequeñas clases son más morales que los de las altas, aunque tan estúpidos como éstos, y tan incapaces de dignidad social como ellos; y que la ventaja que les llevan las bajas y pequeñas clases europeas, excepto las de Rusia, que están al nivel de las turcas, es que tienen más independencia, inteligencia y carácter, y no toleran que los lleven al degolladero con pan y agua y harapos, ni que los tengan sometidos á una administración tan inmundada como la de los bajás de la Puerta Otomana. (N. del T.)

la moralidad y del valor han decaído extremadamente.

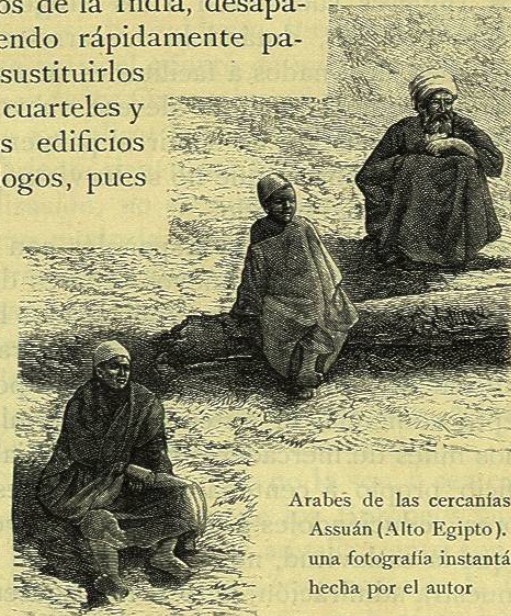
En ese Oriente degenerado no hay más que una potestad generalmente respetada; y su nombre lo he oído repetir en todas partes desde las costas de Marruecos hasta los desiertos de Arabia y desde las playas del Bósforo hasta los arenales de Etiopía. En Constantinopla, bajo la cúpula de Santa Sofía, en Jerusalén desde la cumbre de la colina donde se levanta el templo de Salomón, y hasta bajo las bóvedas sombrías del Santo Sepulcro; en Egipto desde las Pirámides hasta las ruinas solitarias de Tebas, la de las cien puertas; doquiera en fin, no hay rincón donde este nombre no persiga al viajero, rogando, suplicando, muriendo y renaciendo sin cesar, hasta desvanecerse en un murmullo irónico, ó quejumbroso, y ora estalla como una oración, ora como una amenaza, ó bien se pronuncia como una esperanza. Entonces viene á ser una especie de talismán omnipotente que reemplaza los más extensos discursos, y con él cual se puede ser soberano señor en Oriente. Basta pronunciar su nombre en cierto tono para que todas las frentes se desarruguen, para que los cortesanos se prosternen y las mujeres prodiguen sus halagadoras sonrisas; y por medio de esa mágica palabra se obtiene todo lo que el todopoderoso Príncipe de los creyentes no podría otorgar; como que poco há un general europeo obtuvo, con sólo pronunciarla, una victoria que le hizo dueño de aquel imperio de los Faraones, cuya conquista requirió un día todo el genio de Napoleón. Esa divinidad soberana, cuyo poder supera al del temible Allah, y cuyo nombre es hoy día venerado en todas las regiones donde Turquía domina, se llama BAKCHICH.

Los últimos sucesores de los Arabes en Egipto.—Esta comarca no se halla ahora bajo el poderío turco, puesto que ha caído de un modo muy efectivo en las manos comerciales de la poderosa Inglaterra. Las personas que están al corriente de la gran miseria que invadió la India así que quedó sometida al mismo dominio, pueden fácilmente sentir la suerte que espera á ese desdichado país. He demostrado ya en un capítulo precedente la inmensa necesidad en que los especuladores europeos habían sumido á los labradores egipcios desde algunos años atrás (1), pero esta miseria era una especie

(1) Difícil sería exponer con exactitud lo que los hacendistas europeos, y particularmente los judíos, han sonsacado en pocos años á los fellahs. Los datos que en 1878 publicó Mr. Van-den-Berg, nos dicen que sobre una suma de 1,397.175,000 francos, total de cinco emprés-

de edad de oro, comparada con lo que les espera. El fellah se verá sometido como el Hindu á uno de esos engranajes metódicos, formidables y lentos, que exprimen y desmenuzan sin ruido, hasta que no queda nada que pulverizar.

En cuanto á los antiguos monumentos árabes que todavía existen en el Cairo, parecen destinados á sufrir la suerte de los de la India, desapareciendo rápidamente para sustituirlos con cuarteles y otros edificios análogos, pues



Arabes de las cercanías de Assuán (Alto Egipto). De una fotografía instantánea hecha por el autor

el derribo se verifica con una rapidez que indica terminará pronto, bajo los nuevos señores. Basta leer los interesantes artículos y memorias de Mr. Rhone, agregado de la misión arqueológica del Cairo, para tener idea de los increíbles actos de vandalismo que actualmente se cometen, echándose abajo diariamente maravillas inimitables, con pretexto de abrir calles y construir cuarteles (2).

titos, los hacendistas habían cobrado, en calidad de propinas, comisiones, etc., la respetable suma de 522 millones; y que de toda aquella gran cantidad de dinero sólo habían entrado en el Tesoro egipcio 875 millones. El gobierno egipcio hace ya mucho tiempo que con sólo los intereses satisfechos, pagó la totalidad de la deuda.

(2) Sin embargo, las demoliciones se hacen con mucha habilidad, no figurando nunca el nombre de los nuevos señores en las órdenes de demolición; y hasta con el objeto de contentar aparentemente á los aficionados á la arqueología, un reglamento publicado en el *Moniteur Egyptien*, del 12 de enero de 1883, declara que «se conservarán los monumentos históricos, religiosos ó artísticos,» bien que con este ingenioso correctivo: «hasta la reconstrucción de sus frentes según el alineamiento general.» Por desgracia, como esta manera de reconstruir frentes de monumentos que tal vez son mayores que la catedral de París, era una operación algo complicada, y como la frase monumentos históricos podía dar lugar á interpretaciones particulares, aquel reglamento no produjo otro resultado que acelerar las demoliciones. Por desgracia de los constructores de calles á la europea y de cuarteles, se ha querido ir demasiado aprisa, y la orden simultánea de echar abajo cinco de los más bellos monumentos del Cairo, ha producido tales explosiones de indignación entre los artistas, que los mismos diarios ingleses han reclamado, lo cual ha sido causa de que tuviese que suspenderse la orden. Pero no se logró sin dificultad, como